

miento del origen y ramificaciones del complot de que Ortega es hoy el agente mas principal ostensible, constituye uno de los deberes á que el gobierno atenderá con mas preferencia. Creemos que la publicidad en este caso lejos de dañar contribuirá á que desaparezcan muchas ilusiones y evitará que se formen otras en este ó en distinto sentido.

La indignacion pública ha contestado con un grito unánime de reprobacion al grito del general Ortega. Al principio la sorpresa que un hecho de esta especie causó en todos, hizo que se acogiera con reserva la noticia. Dudábase que hubiera un general español bastante indigno para infamar de tal modo su nombre y volver las armas que el gobierno le habia confiado, no ya contra el ministerio que rige los destinos del país, sino contra la Reina y la libertad á cuya sombra habia medrado y adquirido empleos y honores. Pero cuando el rumor público se confirmó oficialmente, el asombro y la duda dieron lugar á indignacion y este sentimiento es el que ha inspirado en toda España el crimen del general Ortega.

Recordamos que cuando el animoso general Zurbano, que era uno de los que habian prestado á la causa de la Reina y de la libertad constitucional mas eminentes servicios, se puso al frente de la insurreccion que dió por resultado el casi total esterminio de su valiente raza, el general Narváez que era entonces presidente del consejo de ministros, dijo en pleno Parlamento que se congratulaba de un suceso que le permitia eliminar del ejército á un hombre indigno de pertenecer á él, que el ejército podia considerar como una mancha. Y sin embargo, el que tan duras palabras pronunció debia su elevacion á una insurreccion análoga á la misma á cuyo caudillo anatematizaba. Y sin embargo, el que tan celoso se mostraba de la honra del ejército premiaba á los que, vistiendo el honroso uniforme, desempeñaban el miserable papel de esbirros. Y sin embargo, la hoja de servicios del militar injuriador no podia ponerse en parangon con la del militar injuriado, porque este, como hemos dicho ya, habia servido con un celo, que hasta ahora nadie ha superado, á su Reina y á su patria siendo el único que hubiera podido disputar al magnánimo Empeinado el título de Viriato de nuestros dias.

¡Con cuánta mas razon las palabras que el general Narváez aplicó al general Zurbano podrian aplicarse al general Ortega! Todo el mundo sabe como el general Ortega pudo improvisarse general, pero nadie es capaz de citar un solo servicio prestado

por él á la patria. Siendo capitán de cuerpos francos, se pronunció en 1843 contra el Gobierno de Espartero, y de la noche á la mañana, sin ningun hecho de armas, se ciñó la faja de general bajo el imperio del ultra-moderantismo, que premiaba con grados en la milicia hasta los servicios mas inmundos. A pesar de figurar Ortega en la fraccion polaca como correspondia á un individuo de su carácter y de sus antecedentes, al subir al poder la union liberal, á la cual no pertenecia, ofreció al general O'Donnell, la espada que tal vez algunos momentos antes se habia preparado á blandir contra él, y O'Donnell, que no teme á los calaveras ni á los traidores, porque se siente bastante fuerte para cartigarlos, confió al malvado el mando de las islas Baleares.

España entera sabe ya en este momento de qué modo ha correspondido el general Ortega á la confianza injustamente en él depositada. Acaba de cometer una felonía de que no hay ejemplo en la historia del reinado de doña Isabel II, porque si bien son pocos, muy pocos, los militares de alta graduacion que no se han sublevado alguna vez contra una situacion dada, ninguno ha pretendido hasta ahora poner en peligro la actual dinastía, destinada como el arca de Noé á sobrenadar en las aguas del cataclismo, ninguno ha dejado de escribir en su bandera el nombre de la augusta persona que ocupa legitimamente el trono. Desde que terminó la guerra, ningun militar de alta graduacion de los que han jurado sostener á doña Isabel II, ninguno ni aun entre los procedentes del convenio de Vergara, se ha puesto al frente de una insurreccion con objeto de colocar la corona en la cabeza de un individuo de la rama proscrita. Eso lo ha hecho Ortega, y no podia hacerlo mas que Ortega. El tiempo dirá quienes son sus cómplices, pues no podemos persuadirnos que su levantamiento sea un hecho aislado.

Hasta ahora ni aun á los mas fanáticos carlistas hubiéramos considerado capaces de blandir la tea de la discordia civil en circunstancias como las presentes, cuando la Europa es un volcan, cuando se hallan amenazadas todas las nacionalidades, cuando todas las potencias quisieran tomar posiciones ventajosas para hacerse fuertes las unas con tra las otras, cuando las Baleares, desguarnecidas por la insurreccion, escitan tantas codicias, cuando España habia elevado su nombre, en alas del patriotismo de sus hijos, á una altura que á todos nos llenaba de orgullo, cuando se puede dar aliento á un enemigo acabado de vencer para rechazar con probabilidades de buen éxito la misma paz que nos habia pedido de rodillas.

Aislando del grupo de rebeldes que están bajo la salvaguardia de la ley, al que hace cabeza de todos, por mas que entre ellos aparezca confundido, interroguemos al conde de Montemolin, al hijo del pretendiente, pretendiente á su vez, conspirador y rebelde á la Reina legitima, y establezcamos, sin disminuirla ni exagerarla, la responsabilidad en que ha incurrido ante Dios y ante la patria, por la parte que tomó en el movimiento absolutista de 1.º de Abril de 1860.

Si no está todavia plenamente probado que Montemolin haya acompañado ó reunido á Ortega en la travesía desde las Baleares á San Carlos de la Rápita, ni que haya tomado tierra, al mismo tiempo que aquel en este último punto, existen, sin embargo multitud de indicios, á cual mas comprometedores, de que la expedicion del ex-capitan general de las Baleares, el alzamiento de partidas facciosas en Castilla y Vizcaya, y en general la conspiracion, que proporciones tan grandes presenta, han sido combinados, provocados y puestos en planta por su iniciativa, con su autorizacion y concurso.

Por consiguiente, eliminando la complicidad de Ortega, que ofrece todas cuantas circunstancias agravantes y escepcionales podia ofrecer, el conde de Montemolin es el primer culpable y el responsable en primer lugar de las victimas que la conspiracion ha ocasionado y ocasiona, de los efectos que pudiera producir en el orden político, de los que origine en la consideracion de las demás Potencias respecto de España, y sobre todo, de los que hubiera causado en la posicion de nuestra Patria respecto de otra Nacion, con la cual nos hallámos en guerra.

Someramente, puesto que mas no se necesita, trazaremos la responsabilidad en que, á nuestro juicio, ha incurrido, por todas estas consideraciones.

Veinte años han trascurrido, y la patria recuerda todavia con intenso dolor la multitud de ilustres hijos que perdió en una guerra fratricida. La flor de su juventud, los brazos mas robustos, los nombres mas esclarecidos, perecieron en aquella mortífera lucha de tantos años, á cuya terminacion España, volviendo en sí se halló rezagada en el camino de la civilizacion por lo menos en un cuarto de siglo. ¿Y es posible que tanta calamidad, tantos males producidos por la ambicion descabellada de su padre, no hayan hecho en el conde de Montemolin impresion alguna? ¿Que no le hayan inducido á abdicar de sus pretensiones? En tiempo de los Carlos, Jacobos y Estuardos; en los de la emi-

gracion de Coblenza, si se quiere, valian mucho los príncipes y muy poco las Naciones, paraque las tentativas de restauracion pareciesen naturales, y no tan vituperables los medios de que la rama escluida se valia. Mas hoy, ¿de quién ha podido tomar Montemolin ejemplo? ¿del conde de Chambord? del conde de Paris? No: ninguno de esos ilustres príncipes deshonorra, como él su desgracia: ambos tienen en demasiada estima la sangre de un solo hijo de Francia, para verterla locamente. Si el pais algun dia les llama, les hallará obedientes á su voz, aleccionados por el desengaño; pero no son ellos los que, mientras la patria derrama su sangre en las orillas del Mar Negro ó en las márgenes del Tesino y del Mincio, provocan la insurreccion en el seno de la Francia. El conde de Montemolin no ha podido imitar á ninguno de esos príncipes. Mazzini es quien le ha servido de ejemplo.

Como él, no titubeaba en sacrificar á su ambicion nuevas victimas; pero es mas culpable todavia que el tribuno italiano, por que Mazzini veia á sus partidarios perseguidos y aherrojados, mientras que los antiguos y fieles servidores de Carlos V. que deseosos de volver á pisar el suelo de su patria, han reconocido á Isabel II, han encontrado perdon para el pasado, é igualdad completa respecto de los súbditos siempre fieles para el porvenir. Montemolin, pues, provocando la represion y justificando la desconfianza, se mostraba ingrato para con los que, tan pródigamente derramaron un tiempo su sangre por su causa.

¿Y cuál era la posicion en que su loca tentativa colocaba á España respecto de las demás Naciones de Europa? Peor, mucho peor que la de la mas desacreditada República americana. La Europa diria que la inestabilidad de las cosas en nuestra patria no afectaba solo á los Gobiernos, sino tambien á las dinastías; y Soulouque y Juarez la hubieran servido al momento de término de comparacion: consideracion, crédito, confianza, respeto, todo lo hubiéramos perdido en un solo instante.

Mas no es solo esto: por desgracia nos falta aun sentar un cargo gravísimo, cuya enunciacion basta para agravar el delito de que el conde de Montemolin se ha hecho culpable para con la patria y con la Reina.

Es evidente que la expedicion de Ortega, y el movimiento carlista en la Península, debian tener lugar en el tiempo en que el ejército de Africa, con todas sus reservas, se hallase mas enpeña-

do en el corazón de Marruecos; es decir, en el momento decisivo de esa guerra contra los enemigos de nuestra religión y nacionalidad. Y lejos de ser bastante esta consideración, para disuadir á un español de la empresa con que auxiliaba á los enemigos de su patria, es la que le ha servido de fundamento y base para sus planes. Francia no ha podido nunca perdonar á la Restauración que volviese escoltada por los cosacos: ¿cómo podrá España perdonar á Montemolin que haya buscado aliados entre los moros?

Por último, para que nada falte contra el conde de Montemolin, su empresa, además de criminal, era torpísima en el más alto grado posible. El resultado ha venido á demostrarlo. Todo le indicaba que, en vez de provocar una rebelión seria, iba á hacer una caricatura de rebelión, á competir en la historia con el pastelero de Madrigal, poniendo de bulto la impotencia de su partido y contribuyendo, si cabe, á consolidar el trono de Isabel II, contra el cual se alzaba.

En el *Boletín oficial* de la provincia de Barcelona correspondiente al 11 de Abril, se lee la siguiente orden.

Teniéndose noticia de que dos personas, cuyas señas van á continuación, de las que acompañaban al rebelde D. Jaime Ortega, andan fugitivas, se encarga á los Alcaldes, Guardia civil y agentes de la Autoridad en esta provincia, que procedan á su captura si son habidas, dando parte inmediatamente á este Gobierno.

El gobernador interino, Manuel Moyano.

Señas.—Edad 42 años, estatura corta, no muy grueso, pelinegro, cejijunto, una nube en un ojo, labios abultados.—El otro más de 30 años, alto, rubio, gordo, calvo.

A consecuencia de la referida circular, muchas parejas de guardias civiles y otros dependientes de la autoridad vigilaban los caminos y reconocían á los viajeros. Refiérese de uno, que es alto, joven y rubio, que en tres distintas ocasiones se le examinó cuidadosamente, observándole si llevaba ó no peluca.

Si hasta ahora han podido evadirse el conde de Montemolin y su hermano don Fernando de las pesquisas practicadas en distintas direcciones por la fuerza pública, no le ha cabido igual suerte al general carlista Elio y á la persona que le acompañaba en su fuga. Al anochecer del 5 de abril, rendidos de cansancio y de fatiga, el antiguo caudillo de D. Carlos y un tal Domingo Sans, tendero de Amposta y padre de cuatro hijos, estaban durmiendo en una mala casucha cerca del río de la Cenja no muy distante

de Vinaroz, cuando llegó un negociante en vinos con dos mozos de servicio. Como hicieron estos algún ruido, el dueño de la casa, con mucha candidez y naturalidad, les advirtió que se repusieran, que no turbasen el silencio que reinaba, porque arriba dormían dos señores que habían llegado hacia un rato fatigadísimos. El dueño de la casa ignoraba completamente los extraordinarios sucesos que habían ocurrido en la Rápita; no así el negociante quien sospechó en seguida de los señores que estaban durmiendo. Como le hubiese asaltado la idea de apoderarse de ellos, consultó con sus criados, conforme estos se armaron de sus cuchillos, subieron decididos á la habitación superior, y en un cuarto de reducidas condiciones y amueblado muy pobremente, hicieron prisionero al que había mandado un ejército. Elio, sobre cogido de terror, no opuso resistencia alguna; fuertemente asegurado se le condujo á Vinaroz y de allí fue trasladado á Peñíscola por la Guardia civil. Sans seguía prisionero á su amo en un estado de sumo abatimiento y postración.

A las ocho de la noche del 7 entraban los prisioneros en Tortosa en ocasión que estaba lloviendo con bastante abundancia. Elio manifestó durante el viaje que Ortega le había engañado completamente, que le preguntó ocho veces en Mallorca si se podía contar con las tropas habiendo recibido mil seguridades de ello, así como de que el país estaba preparado para el nuevo orden de cosas que iba á establecerse. Los oficiales que lo custodiaban cuentan que iba muy sereno; y que le afectaba dolorosamente ser objeto de la curiosidad de los pueblos del tránsito. Se tenían arregladas dos habitaciones en el castillo de San Juan, las que fueron ocupadas por los prisioneros.

Al saber el caudillo carlista que se encontraba en Tortosa el Capitán general de Cataluña, manifestó que se alegraba mucho pues esperaba de esta autoridad más consideraciones que las que le habían guardado otras de un orden muy inferior. Habiendo quedado solo en su cuarto, se le ofreció una cena, la que no aceptó, bastándole, según dijo, un chocolate. Al siguiente día pidió al comandante de la guardia que le proporcionase un peine, y tuviese la bondad de mandar á un asistente le limpiase las botas. El prisionero vestía de paletó color de botella, pantalón gris con una tira negra y gorra con visera. Su estatura es muy alta, su figura grave y simpática, y representa 50 años.

En la tarde del 9, el Capitán general don Domingo Dulce subió al castillo de San Juan donde tuvo ocasión de hablar con el

general Elio. Preguntóle, según se ha dicho, si estaba contento del trato y consideraciones que se le tenían, habiendo contestado que en aquellos momentos lo estaba mucho y por cuyo generoso proceder daba mil gracias á todos. Manifestó despues que el único que no las merecia era el Gobernador de Peñíscola de cuyo trato no quedó muy complacido.

Tres dias despues entraban en Tortosa el general Ortega y las cuatro personas que se habian asociado á su suerte, presos todos en el pueblo de Calanda. El ex-general de las Baleares iba sentado en un carro con un oficial de Guardia civil, y en otro venian sus cuatro compañeros. Ortega vestia de capa madrileña con vivos blancos y gorra. Fué conducido al castillo de San Juan, y así que hubo entrado en la habitacion que tenia dispuesta, pidió una camisa para mudarse. Sus compañeros fueron llevados á la carcel pública.

La captura de estos desdichados verificóse del modo siguiente: reventando los caballos llegaron á Calanda doce horas despues de haber abandonado las tropas al general, pensando que nada sabian en el pueblo. Allí tenia Ortega un primo, y preguntó por él al alcalde que por casualidad encontró al paso. Manifestóle este no hallarse en el pueblo la persona por quien preguntaba, pero que su ausencia no debia contrariarle pudiendo desde luego dirigirse á su casa que puso con la mayor galanteria á su disposicion. El objeto de la autoridad local era detenerlos, porque ya sabia todo lo ocurrido y sospechaba quienes eran. No aceptó Ortega el ofrecimiento, sino que se dirigió á la posada, pero notando luego ciertos corrillos, no se consideró allí seguro, y á poco marcharon del pueblo. En este interin, el Alcalde daba parte de la ocurrencia á la Guardia Civil, habiendo salido enseguida un cabo con cuatro individuos de dicho cuerpo á tomarles la delantera por un atajo. Llegado allí Ortega con los suyos, salieron de improviso los guardias intimándoles la rendicion de un modo muy enérgico, y sin oponer resistencia ni intentar una oportuna carga se desmontaron todos dejándose amanillar por los guardias.

En el equipaje del desventurado general, sé le encontraron entre otros papeles dos cartas del conde de Montemolin concebidas en los siguientes términos:

Octubre 15 de 1859.

Mi estimado (Hay un roto) Llegó el portador que me ha esplicado cuanto le tenía encargado, y además lo que ha averiguado y examinado en su camino.

Volviendo por el mismo te dirá cómo se resuelve la cuestion, en la cual yo no faltaré, reunidas que sean las condiciones necesarias, y que, como no depende de mí, no puedo asegurar.

Estoy impaciente por ver el término de este asunto, que al inmenso interés general reune el de mi posicion personal.

Entre tanto, y como siempre, te repito el particular afecto que te profesa.  
—Carlos Luis.

Bruselas 18 de Febrero de 1860.

Las distancias se estrechan, mi estimado general; todo lo que se deseaba por aquí está arreglado; quedan algunos detalles que se arreglarán, y para los que Morales vá encargado y te los dirá, así como todo su viaje.

Te volveré á escribir, ó si no lo hará Elio para confirmar la época que, como te dirá Morales, será lo mas pronto posible. El momento decisivo está muy cercano, y en él vamos á jugar la suerte de nuestro país; un porvenir brillante y glorioso se te ofrece; mi confianza en tí, así como la de mi familia, no puede ser mayor; y espero que responderás de un modo digno de tí y de la grande empresa que nos mueve.

Mi reconocimiento será proporcionado á tus eminentes servicios, y de todos modos cuenta siempre con el particular aprecio de tu afectísimo. Carlos Luis.

Breves y concisas son estas comunicaciones, pero descubren al través de la rudeza y espontaneidad de la forma dos fotografías acabadas: la del autor y la de la persona á quien van dirigidas. Montemolin debería avergonzarse de haberlas escrito, y Ortega habia de avergonzarse de que su nuevo rey tuviese de su persona un concepto tan bajo y tan miserable ¡Qué pequeñez de ánimo! ¡Que ambicion tan mezquina la del pobre pretendiente! No se habla de los males de la patria, no se habla de derecho ni de legitimidad. Se trata unicamente de ganancia. No aparecen el monarca que manda, ni el súbdito que obedece, sino el comprador y el vendedor que cierran el trato. Documentos son, dignos de figurar al lado de los mas repugnantes y miserables que han visto la luz pública en nuestra patria.

Pero como la distancia que habia de recorrer esta orden es grande y se carecia de líneas telegráficas, la orden no pudo llegar á tiempo de impedir que el preso fuera conducido á Mallorca. No fue posible en esta ciudad saber el paradero de la fuerza mandada por el coronel Freixas, hasta se comunicó con las compañías del provincial de Alicante, que conducian los presos. El comandante que mandaba aquellas compañías no habia recibido aun la orden de entregar los presos al estado coronel, y se resistió como era natural á hacerlo hasta que la recibiese del gobernador de Mallorca, que era el responsable de la conducción.